

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ, *La Tradición Clásica en la Literatura Española e Hispanoamericana (siglos XVIII-XX)*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2008, 241 pp., ISBN 978-84-7882-653-X.

Este libro rastrea sobre todo la presencia de mitos grecolatinos en obras de poetas, dramaturgos y novelistas españoles e hispanoamericanos de los siglos XVIII al XXI. En general, son autores desconocidos para el gran público, a excepción de Espronceda y Luis Cernuda. Pertenecen, además, a movimientos culturales muy dispares entre sí, desde el barroco tardío hasta la poesía vanguardista del siglo XX. El estudio comienza prácticamente *in medias res*. Tan sólo la nota preliminar (p. 7) da algunos criterios metodológicos. Se limitan básicamente al estudio del contexto histórico de los autores y al posterior análisis textual. Aunque la Tradición Clásica es una disciplina relativamente reciente como materia académica y campo concreto de investigación filológica, una introducción más generosa hubiera sido deseable, más, si cabe, cuando de unos años a esta parte varios filólogos clásicos españoles han publicado trabajos interesantes sobre el origen de la juntura “Tradición Clásica”, su parcela de aplicación dentro del ámbito más amplio de la Literatura Comparada, los grados de *imitatio* o los cauces de la influencia literaria grecolatina. Es el caso -como pequeño botón de muestra- de Gabriel Laguna Mariscal (“¿De dónde procede la denominación «Tradición Clásica»?”, *CFC(Lat.)* 46.1, 2004, 83-93), Francisco García Jurado (“¿Por qué nació la juntura «Tradición Clásica»? Razones historiográficas para un concepto moderno”, *CFC(Lat.)* 27.1, 2007, 161-92) o Tomás González Rolán (T. González Rolán- P. Saquero - A. López Fonseca, *La Tradición Clásica en España (siglos XIII-XV)*. Anejos de *Tempus* 4, Madrid 2002).

El primer capítulo (pp. 9-37), “La tradición clásica en tres poetas barrocos del siglo XVIII: Álvarez de Toledo, Gerardo Lobo y Verdugo y Castilla”, comienza con un análisis del contexto histórico y cultural de la época. Especialmente este último es el que da las claves para comprender los gustos culteranos y conceptistas de estos poetas tardobarrocos, cuyas composiciones abundan en alusiones a personajes mitológicos, históricos y a lugares emblemáticos del mundo antiguo. Un ejemplo significativo es el poema “Habla Sócrates” de Gabriel Álvarez de Toledo.

Con el título de “Entre suspiros y alegrías: la efervescencia de la tradición clásica en un poema inédito de María de las Mercedes Letona del Corral” (pp. 39-70) se desarrolla el apartado más interesante, a nuestro entender. La mera *allusio* mitológica, como práctica imitativa más común en los autores de la antología, es, quizás, el aprovechamiento más básico de todo el patrimonio

literario grecolatino. Pero el poema en endecasílabos “El Bien y el Mal” de esta poetisa uruguaya, esta cargado de “clasicidad”. Aunque el autor anota numerosas referencias geográficas y mitológicas del mundo clásico, no ahonda en los postulados neostoicos del poema, que son recurrentes y hacen que toda la composición tenga un tono parenético similar a las odas de Horacio y de fray Luis de León. Sí apunta, no obstante, la fuente primaria, que es el *Beatus ille* (*Epod.* II), formulado en los dos primeros versos gracias al recurso de la especialización incipitaria.

Al igual que el primero, el capítulo tercero, “La tradición clásica en el teatro costumbrista del siglo XIX: Agustín Durán, Gil y Zárate, García de Villalta, Espronceda, José María Díaz y Patricio de la Escosura” (pp. 71-98) señala y explica ante todo las muchas figuras míticas presentes en los poemas y obras dramáticas de estos autores. Se abre el apartado con una reflexión extemporánea sobre el significado de la juntura “tradición clásica” (p. 71), que de nuevo aparece al comienzo del capítulo cuarto (pp. 99-100). Como ya dijimos, estos breves y dispersos excursos deberían de haberse incorporado de manera ordenada y coherente en una introducción general.

La antología de textos estudiados contiene un *corpus* significativo de obras de escritores canarios. Ya el capítulo dedicado a Letona del Corral, canaria de adopción, lo era y lo es el que ahora nos ocupa (pp. 99-135), “*Et in Arcadia ego*: la tradición clásica en Luis Cernuda y algunos poetas canarios (Tomás Morales, Saulo Torón, Josefina de la Torre, Pedro Lezcano y los hermanos Padorno”. Y lo será el último, dedicado a la novela de Juan Jesús Armas Marcelo. Este exceso de literatura canaria casa mal, en mi opinión, con el título genérico de la obra y quizás también con el espíritu ecuménico de la etiqueta “Tradición Clásica”. De nuevo, abundan en los poemas las alusiones mitológicas. Las páginas dedicadas a Luis Cernuda nos parecen las más interesantes. En sus poemas la impronta clásica apenas es perceptible y el autor consigue en el comentario desvelarla. Es el caso del poema *Animula, vagula, blandula*, cuyo título se debe al primer verso del que, según la *Vita Hadriani* (Ael. *Sp. Had.* 25), fue el último poema que el emperador improvisó en su lecho de muerte. Gracias a esta cita, el poeta consigue crear un ambiente evocador y reflexivo. En los poetas canarios también la huella clásica es perceptible, pero en ocasiones es muy vaga y el comentario no señala a veces fuentes siquiera con coincidencias temáticas. Es el caso del poema *Entus labios* de Pedro Lezcano, donde la simple mención de la concepción platónica del amor no basta para comprender bien el poema. Cabría aquí citar, por ejemplo, la *erotodidaxis* epicúrea (Lucr. IV 1037-1207), que tenía una opinión negativa y dolorosa de la pasión amorosa y que los neoplatónicos renacentistas hicieron suya.

Una colección extensa y variada de composiciones debidas a poetas hispanoamericanos aparece en el capítulo quinto (pp. 137-200): “Presencia de los mitos clásicos grecolatinos en la poesía centroamericana desde 1950 hasta

nuestros días (El Salvador, Honduras y Costa Rica)". El estudio previo del marco histórico de estos países, sumidos hasta hace unas décadas en revoluciones, guerras y dictaduras, aporta muy poco al objetivo de comprender la presencia elitista y erudita de figuras mitológicas en sus versos, si no es por afán de evadirse de la cruel realidad. En este sentido, una mirada a la formación académica y a los gustos literarios de estos poetas, tal vez, hubiera aportado más luz. Sabido es que la enseñanza en Latinoamérica, desde la conquista del Nuevo Mundo, fue copia primero y luego adaptación de la española, de ahí que un recorrido por las asignaturas clásicas o afines impartidas en estos países hubiera mostrado mejor su pertenencia, al menos en su faceta académica, a la cultura occidental. Si bien en muchos poemas las alusiones mitológicas son muy vagas y sirven como simple motivo decorativo, en otros la presencia del mundo clásico es más intenso y aparecen incluso diseños retóricos y tópicos, como el de la *recusatio*, que prueban un conocimiento más profundo de la literatura grecolatina y, por ello, resultan más interesantes. Es el caso del poema "Glosa a ciertas poesías, al hombre, las viandas y otras yerbas" de la poetisa salvadoreña Elisa Huevo Paredes.

De "La tradición clásica en *El árbol del Bien y del Mal* de Juan Jesús Armas Marcelo" trata el sexto y último capítulo (pp. 201-232). El novelista canario Armas Marcelo es Licenciado en Clásicas y conocido presentador de programas culturales de la televisión española. En su novela inserta numerosas alusiones mitológicas, a Priapo, a Europa o a Prometeo, entre otras, que ayudan a crear un ambiente fantástico y erótico. El autor desgana estas referencias míticas con acierto. Sin embargo, otras reminiscencias clásicas, como las relativas a la medicina hipocrática, nos parecen traídas por los pelos. Es el caso, por ejemplo, de la asociación entre el curandero Maximino Cañal y la crítica de los hipocráticos a estos sanadores populares. Con todo, el autor nos avisa en la primera nota del capítulo de que ha contrastado con el propio novelista estos supuestos.

La obra termina con una bibliografía (pp. 233-241) ordenada alfabéticamente, pero que apenas ha sido utilizada en el cuerpo de la obra, por lo que no forma parte orgánica de la misma, como hubiera sido esperable en un trabajo de investigación. Aparece la mayoría en las notas a pie de página como remisiones bibliográficas y, en no pocas ocasiones, sin especificación de las páginas donde corroborar la información. El autor utiliza, además, expresiones del tipo "remitimos allí para su consulta"(p. 14) o "en opinión de Diel" (p. 52) sin más concreción, a veces ni siquiera en la bibliografía. Es el lector quien debe adivinarla, cotejando autor y título de la obra. Se echa en falta también un índice de cosas notables, donde encontrar fácilmente autores, mitos o citas textuales.

En conclusión, la obra aporta muchos textos literarios, de distintas épocas y países, cuya Tradición Clásica no había sido estudiada. En ellos, predomina el uso de la mitología grecolatina como fuente de inspiración y prueban, a

nuestro entender, la seminal capacidad literaria de los mitos clásicos, aún en este siglo de locura tecnológica. Interesará, por ello, a aquellos estudiosos de la Tradición Clásica que quieran conocer la pervivencia de los mitos grecolatinos en una extensa nómina de escritores españoles e hispanoamericanos, en su mayoría poco conocidos y pertenecientes a un vasto período que abarca desde el siglo XVIII al presente.

ÁNGEL J. TRAVER VERA
veratraver@gmail.com